



Unamuno indomable

ANTONIO COSTA GÓMEZ
Escritor

Nadie pudo domarlo nunca. No pudieron atraparlos en doctrinas cerradas ni en sistemas sin aire, no lo encarcelaron en partidos ni en simplismos. Se mantuvo siempre él mismo hasta el final. Recuerdo cuando hace poco estuve en Hendaya, de casualidad me alojé en el hotel donde él se alojó, una viejecita me dejó leer una biografía monumental sobre él, y en ella vi como pegado a España luchaba contra una dictadura de España, y reunía con su personalidad tan llena de vida adhesiones variopintas. Incluso encarcelaron a su mujer por mandarle una carta, y doña Concha se ofreció a coser la ropa de los presos. Hace poco una hormigueta con datos mínimos se empeñó en negar su enfrentamiento contra el franquismo, quiso trivializarlo todo, dijo en conferencias aburridas que aquella tarde del enfrentamiento no pasó nada, fue una tarde aburrida. Eso es lo que les gustaría a los fascistas, el fascismo aburrido y sin vida.

Hace dos años yo estaba en Heraklion, Creta, la ciudad de Nikos Kazantzakis. La ciudad no es gran cosa, aunque tiene un museo arqueológico importantísimo, pero en las afueras está Cnossos, para mí uno de los lu-

gares más fascinantes del mundo, que fue capital de la cultura minoica. Esa cultura se caracteriza por la espiritualización sin perder contacto con la tierra, por el refinamiento y a la vez el entusiasmo, por la imaginación y la libertad. Las mujeres eran muy importantes. La cultura minoica no se basaba en la conquista o el poder, sino en el comercio y en el arte, y en busca la máxima calidad de vida. La Diosa de los Serpientes, o el Príncipe de los Lirios, con su estilización llena de dinamismo y pasión son significativas de esa concepción.

Aunque Unamuno nació en Bilbao, su ciudad por antonomasia llegó a ser Salamanca. En Salamanca se desarrolló en la época renacentista el plateresco, que es también otro festival de refinamiento y libertad, de exquisitez y apasionamiento, de dinamismo. Eso se ve especialmente en la fachada de la Universidad. Allí según Jambrina en 'El manuscrito de fuego' estaría el testamento de un bufón de Carlos I en defensa de la libertad apasionada. La gente solo mira la rana, con una ceguera empobrecedora, como hace el turismo de masas, pero en esa fachada hay toda una expresión de dinamismo y pasión, similar a la que hubo en Cnossos miles de años

antes.

Pienso en dos tardes muy significativas en el otoño de 1939. El 12 de octubre fue el choque de Unamuno contra las autoridades franquistas. Un bibliotecario, basándose en minucias, pretendió trivializar ese choque. Dijo que en realidad no pasó nada, que Unamuno se fue tranquilamente después al casino. Pero si no pasó nada ¿por qué lo recibieron a gritos en el casino? ¿Por qué enseguida lo echaron del ayuntamiento, de la universidad, de todas partes? Después, en un artículo de respuesta a Luciano Egido el bibliotecario admite que hubo un enfrentamiento serio entre Unamuno y el régimen militar, y reconoce que en una nota en un sobre Unamuno hablaba de «vencer pero no convencer».

El bibliotecario saca un montón de minucias eruditas, que si dijo las palabras en infinitivo y no en futuro, que si las dijo en este momento y no en el otro, que si antes habló tal o cual. Pero no puede negar el sentido del



acto. Dice que defiende la Historia y no el Mito. Pero la Historia tampoco consiste en una acumulación de datos caóticos sin interpretar. Y encima los datos que él aduce no son muy fiables: los periódicos del día siguiente (quien los tomará en serio en una dictadura militar), una foto confusa. El bibliotecario me recuerda a aquel personaje de Stendhal que vio en Waterloo un montón de sonidos e imágenes y no se enteró de que aquello era la batalla de Waterloo y de que la perdió Napoleón. Como dijo Eliot, la sabiduría se degrada en conocimiento, y el conocimiento se degrada en erudición.

El 20 de octubre Kazantzakis entrevistó a Unamuno en su casa para el periódico Kathemerini giego. Unamuno dice que los mitos dan vida, que no se ha vuelto de derechas, que defiende la libertad. Pero que está solo como Benedetto Croce en Italia frente a Mussolini. Los rebeldes siempre están solos.

Paseo por el Pireo, donde el narrador de la novela conoció a Zorba cuando iba a embarcar para Creta. Me acuerdo de ese puerto tan vivo donde salían los barcos para Creta, la isla que Kazantzakis tanto amaba. Pero ahora no veo más que locales pijos e impersonales, bares y restaurantes de diseño que se apoderan del agua, uno no puede acercarse al agua en

ningún sitio. Toda aquella vitalidad trágica de Zorba, la misma que mostraba Melina Mercuri en 'Siempre en domingo' de Jules Dassin cuando cantaba 'Los niños del Pireo', se ha ido. En lugar de la tragedia ha quedado la trivialidad.

Y paso delante de la fachada de la universidad de Salamanca, es un monumento a la sabiduría y a la libertad, Luis García Jambrina la expresó muy bien en 'El manuscrito de fuego'. Hay una fachada de una enorme riqueza y complejidad. Pero la gente solo busca una rana. Miles de personas vienen a Salamanca, la ciudad del saber apasionado de Unamuno, y solo quieren ver una rana. Aquel hombre que quiso sentir y saber a fondo la existencia del hombre, se ha ido y ahora la gente busca una rana y compra ranas de escayola a dos euros.

Nadie podrá domarlo nunca. Su obra contradictoria y llena de vida, rebelde e inclasificable, defiende la vida, como quería Camus, contra todos los sistemas simplistas, contra todas las doctrinas y clasificaciones. Y sobre todo se rebela siempre. Se rebela desde la riqueza y el latido del hombre. No está con estos, ni está contra los otros, está con el hombre, candente, carnal, inquieto, siempre. Es el rebelde por antonomasia, por su raíz. Es como su Quijote (que no es el de Cervantes del todo), que suelta lo que sea a quien sea. Y con sus sueños evapora a las hormiguitas con sus datos minúsculos y su aburrimiento. Nadie podrá domarlo nunca.

